

fundada.» Fácilmente entendieron el enigma cuantas eran sabedoras del combate pasado.

Tanto como esto costó á Rosa conseguir y conservar constantemente el hábito blanco de la seráfica Catalina.



CAPÍTULO VI

Abiertos los ciementos de una humildad profunda, levanta Rosa en su alma el suntuoso edificio de las demás virtudes.

CUÁN profundamente y con cuánta detención se ocupaba Rosa en considerar y ponderar el fondo de su nada, publicarlo á voces las acciones todas de su vida, que fué humildísima. Diremos aquí algo, compendiando lo mucho que pudiera decirse. Parecíale poco menos que nada hacer en casa de sus padres los oficios de una vil esclava, olvidando el ser hija querida; y así procuraba abatirse aún mucho más. Servía en ella una india cuyo nombre era Mariana, de condición agreste y rústica. Llamando á ésta aparte en lo mas retirado y más escondido de la habitación, la rogó, instó y obligó á que la pisase la boca y se pusiese de pies sobre sus espaldas y la pisotease como á desecho del mundo; y aun no satisfecha con esto, la pedía con humildes súplicas que la escupiese, maltratase y diese golpes; no omitiendo nada que pudiese conducir á vilipendio y desprecio. Si Mariana se templaba en la ejecución y solo obraba por

cumplimiento, ella se le arrojaba á los pies, pidiéndola que obrase con todas veras, y no se levantaba hasta verse bien satisfecha de malos tratamientos y vilipendios. Siempre que su madre y hermanos la despreciaban con palabras injuriosas, motejando la singularidad de la vida á que se había reducido, creía que sus palabras eran demasíadamente templadas y moderadas, y que habían de ser diez veces más acedas y rigurosas, si hubieran de ajustarse á lo que merecía. Y así en vez de irritarse, solía exajerar lo feo de sus acciones y el mal modo que tenía de obrar, ofendiendo á todos; pretendiendo dar á entender que nadie la afligía ni despreciaba todo lo que pedían sus culpas. Y nacía todo esto de la ambición grande que tenía de verse ultrajada y puesta á los pies de todos.

En las enfermedades, que por la flaqueza del cuerpo y tenerle consumido con penitencias, eran muy frecuentes y muy penosas, acostumbraba la virgen á callar y no manifestar sus dolencias; porque ninguno tratase de aliviarla ni socorrerla. Pero cuando ya no podía disimularlas, ó por ser insufribles los dolores que parece la despedazaban las entrañas, ó por ser notorios los síntomas de la dolencia, confesaba ingenuamente los tormentos que la afligían, mas con tal artificio de palabras, que fundasen esperanza cierta de persuadir á los que la oían, que lo crecido de sus dolores nacía de ser ella gran pecadora á los ojos de Dios, quien descargaba sobre ella tantos azotes, tanta venganza justificada en castigo de sus pecados. Esto creía Rosa de sí misma y este crédito deseaba tuviesen todos de su persona.

De aquí también provino el repetir muchas veces llena de confusión, tristeza y temores, delante de las amigas más íntimas: «Que se admiraba mucho cómo Dios no había ya anegado en abismos horribles al mundo infeliz, solo por sustentar sobre sí tan gran pecadora. Que sus culpas eran tan feas y tan grandes, que muy de justicia se les debía en el infierno el lugar

más hondo y más infame. Que era carga vilísima de la tierra, asqueroso cáncer del género humano, hedionda hez, podrida y pestilente sentina, indigna de que la alumbrase el cielo con su luz, de que la tributase el aire respiración y la sufriese sobre sí el suelo. Que era contagio con que se apestaban los elementos y que con sus maldades se agravaba la tierra.» Si sucedía algún desastre ó caso desgraciado en su casa ó fuera de ella, no dudaba imputarlo á sus delitos. Y como tan de veras lo sentía, y lo decía, no podía llevar en paciencia que rehusasen darle crédito los que tenían muy bien conocida su inocencia; crecía el dolor, si la replicaban que este decir tenía su origen en la humildad extrema da con que sentía de sí, á que luego se oponía, diciendo que pues ella sola se conocía, se le debía dar más crédito que á los que la miraban de á fuera. Mas si pasaban tan adelante que llegasen á decirla alabanzas para desvanecer los vituperios que de sí publicaba, temblaba con miserable espanto y se asustaba como si un rayo la hubiera herido. Lo pálido del rostro, el no acertar á hablar, el llanto copioso, eran fieles testigos, aunque tristes, de lo mucho que esto la atormentaba.

Visitando en cierta ocasión el canónigo D. Miguel Garcés al contador D. Gonzalo en su casa, pasando adelante la conversación y llegando á tratar varias cosas, comenzó D. Gonzalo á contar la admirable santidad de vida, la mortificación, la penitencia y excelencia de costumbres de Rosa, que entonces vivía en su casa. Estaba ella á la sazón en una pieza tan junta á la sala donde esto se hablaba, que sólo un tabique delgado la dividía; y así, á pesar suyo, no pudo excusar el oír lo que se decía. Mas no teniendo ánimo para sufrir lo mal que la sentaban alabanzas propias, huyó de allí con la ligereza del gamo, no parando hasta retirarse al aposento donde estaba doña Micaela, hija del contador. Allí soltando las riendas del desahogo, levantó el grito, y lamentándose amargamente de su infeliz suerte, he-

ría con golpes el pecho, y despedía el sinsabor de sus alabanzas, que tanto la inquietaban. Estaba llena de confusión y de empacho. Y por ver si podía sacar un tormento con otro, golpeaba á puño cerrado en la cabeza, para herirse con las púas de la corona con que tenía ceñidas las sienas. Quien tanta molestia sentía en las alabanzas propias, ¿con qué gusto y alegría será razón pensar que recibiría los desprecios y baldones, las injurias y denuestos? Pero vamos adelante, haciendo lugar á mayores prodigios de humildad.

Había intentado la virgen una acción ardua de virtud heroica, á imitación de Santa Catalina de Sena y había salido con ella. Creyendo doña Isabel Mejía, que esto había de ser dañoso y fatal para su salud, estimulada de un horror piadoso, dió aviso al Padre Maestro Fr. Alonso Velázquez, que era su confesor, rogándole que reprendiese ásperamente aquel exceso de virtud, al parecer temerario, y que la atemorizase para que en adelante no se aventurase á más de lo que podían llevar sus debilitadas fuerzas. Hízolo así el confesor, no sabiendo por las circunstancias, cuánta alabanza merecía, en vez de reprensión. Pero Rosa, como humilde, pidió perdón, y como si fuera culpa lo que era acción santísima, prometió la enmienda; alegre de verse reprendida en aquello en que había temido aplausos y vanagloria.

Cuantas veces se postraba á los pies del confesor para acusarse á sí misma, al instante se anegaba en lágrimas, y en sollozos; partíasele el corazón, exhalando de lo profundo tantos suspiros que no parecía creíble ser tan grave el sentimiento, sino fueran enormes los delitos que confesaba. Parecía una nueva Magdalena, que fué escándalo público de su ciudad; avergonzabase, heríase con recios golpes el pecho, temblaba como azogada, ó como si vieran los ojos que abriéndose la tierra, estaba allí el infierno para tragarla. Y con todo esto, entre tanto aparato de contrición, humildad y penitencia, apenas hallaba el confesor materia para

absolverla. Muchas veces los confesores, como después afirmaron, trabajaban no poco, escudriñando con examen atento las acciones de la virgen, para descubrir algo que de cierto tocase al fuero de la penitencia. No menos se fatigaba Rosa exagerando inmensamente los menores defectos, pidiendo muy de veras medicina, con gemidos y llanto. Y no contenta con esto, fuera de las muchas confesiones sacramentales que hacía en la semana, se puso ley de decir cada día sus culpas delante de su Padre Santo Domingo: y como si estuviera en capítulo se acusaba por menudo de todos sus defectos pidiendo con humildad perdón y remedio.

Doña María de Usateguí, mujer del contador D. Gonzalo, atestiguaba que mientras vivió Rosa en su casa, y fué por espacio de tres años, siempre se tuvo por la menor de cuantos en ella estaban. Y así se sujetaba en todo y por todo, no sólo al padre de familias, á su mujer y á sus hijas, que eran niñas, sino también á los criados y criadas, hasta los más abatidos esclavos. Y estaba tan prontamente dispuesta á obedecer á cada uno de ellos, como si tuvieran potestad para mandarla. Tenía á gran favor y dicha que se sirviesen de ella como de criada que comía de valde y estaba admitida de merced y gracia para hacer mandados, sin atreverse á beber un poco de agua sin pedir primero licencia á D. Gonzalo, si acaso estaba en casa, y esto puesta de rodillas. Largo fuera de contar lo mucho que observaron cuantos habitaban en casa de D. Gonzalo, acerca de la humildad mansísima de Rosa. Citaremos tan sólo lo que acaeció al fin de su vida.

Estaba la virgen en la cama, cercana á la última agonía, pues no vivió después un cuarto de hora, y la ofrecieron una bebida para confortar el corazón. Aunque no podía beberla, como dijo á la que se la daba, tan pronto como oyó que lo mandaba el señor de casa, trayendo á la memoria que era súbdita suya, obedeció, echóla á pechos hasta agotar el vaso, y dijo con trémula y desmayada voz: «Digan á D. Gonzalo, mi señor, que aunque

yo no podía tomar la bebida, me dió fuerzas la obediencia, y que á los mismos umbrales de la muerte no estoy desacordada cuánto es lo que debe una criada á su señor.» Si no hubiéramos de hacer lugar á otras muchas cosas, nos extenderíamos en ponderar con qué humildad y abatimiento de ánimo pidió en aquel trance perdón á cuantos de aquella casa estaban presentes, diciendo la perdonasen si acaso había pecado contra aquella familia con su mal ejemplo, con sus ásperas y poco afables costumbres.

Largó tiempo vivió ignorante Rosa que hubiese en ella prenda alguna, ni de alma ni de cuerpo, que fuese digna de alabarse. Mirándola en cierta ocasión una mujer, aunque muy de paso, las manos, comenzó á exagerar la blancura, decente belleza y proporción hermosa que en ellas advertía. Horror causó á la virgen verse ensalzada de aquel modo; por lo que echando luego mano á un montón de cal viva, restregó fuertemente las manos una con otra, hasta que se llenaron de grietas y se poblaron de ampollas; causando el ardor de la cal tanto dolor y daño, que en más de treinta días, no pudo vestirse; siendo necesario valerse de la ayuda de Mariana, criada de su casa, para este efecto. Esta fué la que después de su muerte contó todo el suceso que la humildad de Rosa hubiera ocultado, según acostumbraba.

Muy desde los principios tomó á su cuenta esta virgen emplear todo el caudal de su ingenio, llevada de su humildad, en borrar y deslucir la nativa agraciada belleza del rostro, peregrinamente hermoso, por no dar ocasión de agradar á nadie. Ya parece que lo había conseguido, no solo con repetidos y prolongados ayunos y mortificaciones, sino también por bañarse todo el cuerpo muy á menudo en agua casi elada, con lo que, retirándose la sangre de la cara, nada se veía que no fuese palidez y flaqueza macilenta, hundidas las mejillas, escondidos los ojos, y hecho todo el rostro un retablo de penitencia. Pero cuando llegó á entender,

que por estos indicios poco á poco iban rastreando los curiosos la austeridad de su vida, y estimaban, y exageraban con encarecimiento su abstinencia, juzgando como discreta, que era más de temer la vanagloria, pollilla de las virtudes, que no lo ventajoso de la hermosura, acudió al auxilio de la oración, y alcanzó de Dios á fuerza de súplicas, que de tal suerte la templase, y dispusiese el parecer y forma del rostro, que no publicase ni diese á entender á los que la miraban el rigor de su abstinencia, ni los muchos ayunos, con que affligía el cuerpo. Al punto se restituyó el color rosado á las mejillas macilentas, volvióse el rostro á su corpulencia antigua, resplandeció la frente, cobraron vigor los ojos; de tal modo, que pudieran jurar en algún modo los que la miraban, que Rosa no sabía que cosa era mortificarse.

Esto dió ocasión á un sazonado chiste. Estaban algunos jóvenes curiosos hablando entre sí con demasiada licencia y libertad en el atrio de una iglesia el día de Viernes Santo. Había pasado la virgen toda aquella cuaresma ayunando á pan y agua; y mas aquellos últimos días de Jueves, y Viernes Santo, que había estado inmóvil en el Templo delante del Santísimo Sacramento, puesto en el arca del Monumento, por espacio de treinta horas, sin haber tomado un solo bocado de pan, ni una gota de agua. Estando, pues, los ociosos charlatanes mirandola como venía con su madre de la Iglesia de Santo Domingo, y viendo el rostro rosado, el aspecto risueño y nada desfigurado, sospecharon temerariamente que venía bien regalada del convento. Y así en voz alta, para que al pasar lo oyese, digeron con libertad, y descaró. «A fe que la Beata no va en ayunas, bien publica el rostro que le han festejado con buenos bocados. Así ayunan las Beatas de este garbo y talle» Desagradó á su madre el pesado gracejo, y la atreviá censura; pero alegrábase la virgen, que de tal suerte se escondiesen sus ayunos, que llegasen á padecer calumnia tan ridícula, como decir que se banqueteara.

Puntas eran estas que en vez de lastimar, alagaban y deleitaban á nuestra Rosa.

Igual á este era el cuidado solícito que siempre tuvo de ocultar los ricos tesoros de otras muchas mercedes que Dios la hacía, y virtudes que ella ejecutaba; no dando lugar á que hiciesen presa en ellos las alabanzas humanas. Y esta es la causa, por la que muchos de sus hechos heroicos, visiones, y secretos regalos del espíritu, de tal suerte se hallan ocultos, sin que bastara para descubrirlos la sagacidad continua de su madre, y sus compañeras, y la diligencia de los confesores. Cierta persona muy célebre por su virtud, y espíritu, vivía con grandes deseos, continuados por algunos años, de penetrar los efectos singulares que la divina gracia obraba en esta virgen.

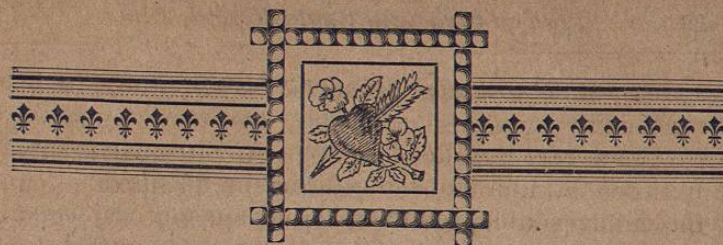
Desesperando poder conseguirlo por otros medios, se valió de la autoridad que tenía con el confesor de la virgen, y pudo inducirle á que usando de rodeos, y preguntas disimuladas, procurase sacarle algo de estos secretos, sin que ella lo sintiese. Por muchas veces lo rehusó el confesor, lo dilató por mucho tiempo, conociendo las dificultades que había de encontrar en el caso. Finalmente, ó viniéndosele la ocasión á las manos; ó ya que él la asiese por los cabellos, comenzó á disponerla con preguntas equívocas, que al parecer iban muy á lo largo para atarla de pies á manos, y sacar de la respuesta alguna luz, ó que la virgen inadvertidamente se dejase caer algunas palabras por donde rastrear los dones, y favores con que la favorecía el cielo. Mas ella con presteza admirable, conociendo el fin á que tiraba aquel examen, dándose mas prisa en declararse, que quisiera el confesor, cortó sus molestos designios, atajándole con estas cuerdas, aunque mansísimas razones: «Tened por cierto Padre, mio, que yo con todo esfuerzo desde mis primeros años, supliqué con grande instancia á mi Dios, no diese lugar á que viniese á noticia de ninguno de los mortales lo que su altísima misericordia se sirviese de obrar en los ocultos senos

de esta alma miserable. Condescendió á mis ruegos aquel Señor, á quien están patentes los corazones; y así cesad, Padre mio, de escudriñar mi espíritu, y no os canseis, ni á mi me fatiguéis, tomando á pecho una empresa imposible; y pues Dios me concedió este favor, no quiera privarme de él, quien es ministro suyo». Con todo eso, cuando una y otra vez sujetó su espíritu al examen de los confesores, y del Doctor Juan del Castillo, descubrió grandes y admirables secretos, porque así convenía entonces, y porque se veía obligada para vivir más segura; si bien esto fué con tal peso de palabras, con tal cautela y tiento, que no se extendió un punto más de lo que era preciso para responder con verdad á lo que era preguntada. Y así lo que entonces declaró llena de empacho y á fuerza de la necesidad, creo que fué lo menos heroico y lo más vulgar de sus hechos.

Favoreció á esta virtud admirablemente la soberana Reina del cielo, como modelo que es de los humildes; pues estuvo muy de su parte y la ayudó, para que no se descubriesen los rigurosos instrumentos de su mortificación. Y sucedió así el caso. Había ido la virgen á la iglesia de Santo Domingo á hacer, como solía, oración, cuando estando allí, súbitamente le ofreció la memoria, con gran tristeza suya, que uno de los varios instrumentos con que mortificaba el cuerpo, por descuido se había quedado en el aposento, sin haberle escondido; de suerte que fácilmente podía encontrarle cualquiera que entrase. Perdió el color, temiendo no se descubriese por este indicio lo mucho que se daba á ejercicios de penitencia. Y no sabiendo qué hacerse, volvió los ojos á la Virgen Madre, pidióla fervorosamente la socorriese, ocultando aquel instrumento en otro lugar retirado que ella tenía presente en la imaginación. Hecho esto se desvaneció al punto el miedo. Huyó el recelo y volviendo á su casa, halló que el instrumento no estaba donde lo había dejado, sino donde

había pedido á la que es Madre de gracia que estuviese escondido.

A esta rara humildad se juntaba, sin apartarse jamás de ella, una mansedumbre llena de suavidad, afabilidad agradable, rostro apacible, sin sobrecejo ni altivez. Admirábanse cuantos la conocían viendo que jamás se le cayó de la boca una palabra que tuviese dureza, ni fuese satírica ó áspera. Nunca se la oyó voz arrogante, ni de ostentación ó fausto. Nada se descubrió en sus costumbres y acciones ó movimientos que fuese desden, ni que oliese á austeridad ó tristeza. Siempre tenía sereno el rostro, siempre la hallaron benigna y tratable para con todos. Ignoraba el sentir altamente de sí. Sólo sabía sujetarse á cualquiera criatura por respeto de Dios.



CAPÍTULO VII

Abstinencia admirable de Rosa y exceso prodigioso de sus ayunos.

SOBRE cimientos tan sólidos, tan profundos y tan capaces, pudo levantar Rosa con seguridad el excelsa edificio de las virtudes. Es cierto que excede á todo cuanto puede decirse lo que se sabe de sus ayunos; aunque es lo menos. Sólo consta sumariamente, que siguiendo las pisadas de Santa Catalina de Sena, poco á poco y por sus grados llegó á pasar la vida casi sin dar al cuerpo lo más preciso para ello.

No había salido aún, como dicen, de los pañales ni de los primeros años de la infancia, cuando se puso ley rigurosa de abstenerse de todo género de fruta, lo que es raro en aquella edad y digno de grande ponderación. Más de una vez se quedó admirada su madre, viendo que su hija en tales años y en tal niñez no se pagaba de la suavidad ni de la hermosura de la fruta. La que la daban repartíala luego con otras, aún á los